

PEQUEÑO JEREMY

Como cada día, se ponía a ver sus programas favoritos. Con sus seis años ya decidía lo que quería. Su padre, ya empezaba a refunfuñar, a alterarse. Otra vez empezaban los gritos, los insultos y las quejas.

- ¡Ya estamos como siempre! - replicó el padre alzando la voz-. ¡Malditos cabrones! ¡Vaya mierda de programas ves!

- Por favor, papá, no grites. Me asustas - contestó Jeremy-.

La discusión era diaria. El padre era el típico borracho que todo le molestaba, incluso su hijo. Nunca estaba a gusto con nada y todo le parecía mal.

Un día de lluvia el padre le quitó el mando, agarrándole su pequeña manita, dejándole una marca roja. Aquella vez no se paró a pensar, su voz temblaba y su aliento era puro veneno. Cogió al pequeño por el brazo y lo tambaleó de tal manera que fue a parar al suelo.

- Boom!! - se escuchó de repente, como si un proyectil hubiera caído del cielo -.

Aquella pequeña carita se llenó de lágrimas. Aquellos grandes ojos marrones se inundaron y sus pequeños labios sonrosaditos quedaron marcados por una brecha roja como el carmín. Ese día quedó marcado en la pequeña mente. A partir de aquella tarde, el pequeño no volvió a coger el dichoso mando.

Pasó el tiempo y aquella marca que le había quedado en aquella preciosa cara le hizo parecer más atractivo, con más encanto. No odió a su padre. Pero él nunca lo haría con sus hijos, lo más sagrado que un padre pueda tener.

Sonia Balsera Corrales